**Bárbara y Miguel**

En días como ése, Bárbara se permitía mirar la lluvia por la ventana y sentirse melancólica. A veces incluso, se dejaba llevar y lloraba, o escribía poemas.

Específicamente esta vez, leyó algunos mensajes de texto, para sufrir un poco más. Se sentía sola, abandonada y humillada, completamente absorbida por el vacío que quedaba entre sus pulmones y su corazón. Por primera vez la habían mirado con asco, asco real y profundo, asco mezclado con rechazo y rabia.

Peor aún, quienes la miraron así eran las personas más importantes en su vida: Su mamá y sus amigas.

¿Por qué? No lo entendía del todo, pero en el fondo siempre supo que era mejor quedarse callada. De nuevo, ¿Por qué?¿Por qué algo tan simple le había costado tanto?. Lo cierto es, que Bárbara estaba cansada de ocultarlo, de ocultarse, y una ráfaga de valentía y decisión la empujaron a salir del clóset por primera vez con su mejor amiga.

Lo que pasó desde ese fatídico viernes en la tarde, hasta el martes que se quedó mirando la ventana con tristeza, es algo que se guardó borroso en su memoria, más como una pesadilla que como una realidad.

En su mente pasaban, como una película de terror, los gritos y amenazas de su madre, las miradas de odio de todos, sus compañeros y profesores ignorándola, y sobre todo, la desesperación de no poder hacer nada.

En eso estaba cuando Miguel, un niño callado y solitario de su curso, se acercó y le puso una mano en el hombro, pinchando la burbuja en que la envolvía la biblioteca del liceo. Después de unos segundos, Miguel se dio cuenta de la mirada de Bárbara (bastante más descolocada de lo que ella hubiese querido) y le explicó:

-Perdón, no quería asustarte. ¿Puedo sentarme contigo? Aquí se está más a gusto que en el patio.

Así pasaron casi tres meses, en los que sentarse juntos en silencio, se convirtió en lo normal.

En uno de esos días, Bárbara estaba completamente abrumada. Esa mañana había discutido con su madre y no encontraba a Miguel por ningún lado.

De alguna forma llegaron a tenerse más confianza que con nadie más en todo el colegio, aún cuando la mayor parte del tiempo, simplemente se sentaban juntos en silencio.

En medio de su pequeña crisis, se topó con Andrea (la polola de Miguel), llorando detrás de un mesón abandonado, en un rincón del patio.

-¿Estás bien? – Se golpeó mentalmente por la pregunta: <<Es obvio que no está bien, Bárbara>>.

Andrea se limpió las lágrimas y se esforzó por sonreír:

-Sí, solo me siento un poco triste.

-¿Quieres hablar de eso?

-Bueno…

Conversaron hasta después de tocado el timbre, sobre sus padres y la presión académica que le ponían y sobre lo cansada que estaba. Bárbara escuchaba atentamente y terminó abrazándola, llorando con ella.

Fue ese momento de intimidad que Miguel <<se dignó a aparecer>>, (como pensaron las niñas) y se sentó para abrazar a Andrea.

Cuando llegó la hora de la salida, los tres ya estaban calmados, escondidos del mundo, en ese lugar apartado ,tranquilo y muy suyo.

Bárbara entró a su casa un poco asustada. A paso lento, trató de no hacer ruido hasta asegurarse de que su madre dormía.

Le tocó el hombro y le dijo un <<ya llegué>>, para evitarle el susto si se despertaba y la veía de repente, y empezó con la limpieza de la casa.

Ya eran casi las diez cuando Monserrat abrió la puerta de su hija:

-Hiciste el aseo.

-Hola, sí.

-No me gusta estar peleada contigo.

-A mí tampoco.

La madre suspiró, tomó aire, y empezó con el discurso que atormentaba a la niña:

-Cuando seas grande me vas a entender. Estás confundida, necesitas a alguien que te lleve de vuelta al buen camino. Mi deber es evitar que arruines tu vida, que te vayas al infierno. En esta familia hay buenos cristianos, no dejaré que por una estupidez te conviertas en una de “esas personas”.

Tras esto cerró la puerta y se fue, dejando a Bárbara aguada, más sola que nunca en su vida.

Abrazando su almohada, tomó el teléfono y mandó un audio de cinco minutos en el que lloraba y contaba todo. Un rato después, Miguel vio la notificación en su celular. Con los ojos llorosos él también, llamó a su amiga para consolarla:

-¡Barbie! – Le decía así desde hace un tiempo, para hacerla reír.- ¿Estás bien?

-Hola, gracias por llamarme, perdona que te moleste a esta hora.

Se sorbió la nariz para poder hablar.

-No es molestia, no te preocupes por eso. Preocúpate porque tu mamá está loca, mejor.

-¡Oye! Acuérdate que sigue siendo mi madre – El intento de risa, (mezclada con la voz nasal producto del llanto) hacían que se entendiera poco lo que decía, pero suficiente como para romper un poquito el corazón sensible del chico.

-Hablo en serio, si existe un infierno, te aseguro que tú no irás, Bárbara. Eres una de las personas más dulces, leales y cariñosas que conozco, y eso que no llevamos mucho siendo cercanos. Las personas que realmente se van allá son asesinos y ladrones, y tú no eres, ni de cerca, uno de esos. Ser hetero no hace que vayas al cielo, así que no serlo no hace lo contrario.

Bárbara se limpió las lágrimas una última vez (lo hizo muchas veces mientras el otro hablaba) y murmuró apenas un <<gracias>>, que significó toda la gratitud, todo el amor del mundo. Miguel entendió esos sentimientos y se los guardó en el alma, volviendo a su habitual silencio.

Y de esa forma se quedaron dormidos, tranquilos por simplemente saber que el otro existe y que está ahí, del otro lado de la llamada.

En la calma de esa noche, ambos soñaron algo lindo, por primera vez en mucho tiempo.

La mañana siguiente, no hubo saludos. Ni desayuno. Tampoco disculpas. Solo miradas frías, de un enojo achicado y doblado, como pocos de los que Monserrat tenía, un enojo controlado. Enojo que detonó en una conversación corta que suplió las despedidas:

-No vuelvas a contarle a nadie de afuera sobre nuestras peleas, ¿Entendido?

<<¿Cómo supo de eso?¿Me estuvo escuchando?>>.

-Pero…

La madre interrumpió, no tan relajada como antes:

-¡¿Entendido?!

-Sí, mamá.

Y claro, no cumplió con eso. Es más, apenas llegó al liceo, lo habló con sus amigos. Amigos. Miguel y Andrea. Su nueva normalidad estaba siendo mejor de lo que creyó posible.

Después del almuerzo tranquilo de un día tranquilo, a Bárbara le cayó todo encima. Como un ataque al corazón, el llanto le llegó de manera espontánea al recordar, levemente, la conversación de la noche anterior con su madre. Los chicos, que iban con ella, la tomaron de los hombros y la sentaron en el piso del comedor vacío.

A Miguel, que no era mucho de palabras, le surgió un instinto impulsivo de abrazarla. Aunque no pudo decirlo en ese momento, era justo lo que necesitaba. Andrea decidió hacer lo mismo, y se apoyó sobre ella, haciéndole cariño en el pelo y susurrándole cosas como <<está bien>>, <<no estás sola>> y <<te queremos>> de vez en cuando.

En esa especie de casaca humana que la cubría, se sentía ligeramente mejor.

Sus anteriores amistades se aparecían por su mente, pero ya no se sentía mal cuando pensaba en que no estaban con ella, porque sabía que jamás hubiesen hecho eso: Sufrir con ella. Dejarla ser, apoyarla, incluso sabiendo como era, sabiendo qué le gustaba.

Cuando Andrea o Miguel la miraban, no veían a una pecadora o a una persona desviada, “hueca”. La veían a ella, Bárbara González, una niña tierna, a la que le encantaban los abrazos y los dulces, que hacía dibujos es todas partes y a la que, además, le gustaban las mujeres.

Esto, curiosamente, le provocaba más llanto, la conmovía y le tocaba el corazón. A ella y a sus amigos también (que para ese punto, estaban igual de desastrosos).

Bárbara sonrió y se aclaró la garganta para poder hablar bien:

-Los quiero.

-Nosotros también – Miguel era el segundo más deshecho, después de ella.- Si no, estaríamos calentitos en la sala y no aquí, muriéndonos de frío.

Andrea le pegó un codazo.

-¡Ay! No seas tan violenta.

-Para eso estamos los amigos – Ignoró las quejas del chico y comenzó a levantarse.- Pero es verdad lo del frío, ya deberíamos entrar. Esta semana tengo dos pruebas y no puedo darme el lujo de enfermarme.

-Cierto, ahora que me acuerdo nosotros también tenemos una.

Miguel se paró también y tendió una mano a Bárbara.

-Diablos, se me había olvidado completamente.- Le tomó la mano y se limpió los pantalones – No estudié nada.

-No tienen futuro – Se burló su amiga.- ¿Quieres ir a lavarte la cara?

-No, ya estoy bien. Vamos a la sala.

Se quedaron hablando hasta que sonó el timbre y Andrea tuvo que irse a su propia clase, y Bárbara se percató de la forma en que todos estuvieron mirando y hablando de sus amigos. Con sarcasmo, y un rechazo similar al que le dedicaban a ella.

-¡No mires abajo! – El grito de Miguel la sacó de su mundo con sorpresa, e inconscientemente le desobedeció. Deseó con todas sus fuerzas no haberlo hecho cuando vio “Fleta asquerosa” escrito en su mesa.- Lo siento mucho.

Miguel le puso una mano en el hombro.

-Hay que contárselo a la profe, vamos.

 Estaba caminando a la puerta cuando Bárbara lo detuvo:

-¿Para qué? Ella piensa igual, no va a servir de nada.

-¡Tenemos que hacer algo!¡No se puede quedar así!

-Sí, sí puede. Lo entendí hace un rato, ellos siempre van a estar ahí. No me gusta la idea, para nada, pero así son las cosas. Son gente vacía y lamentable, que se dejan consumir por prejuicios tontos, igual que mi mamá. No me puedo echarme a morir cada vez que pase algo.

-Entonces, ¿Lo vas a dejar pasar? – Miguel no terminaba de creerlo.- ¿Así nomás?

-Supongo. Mañana voy a traer quitaesmalte para borrar esto.- Sonrió y se limpió la nariz con la servilleta del almuerzo.

Pensó por unos segundos, luego continuó:

- Puede que también traiga la agenda con el reglamento, para hablar en inspectoría, aunque sea tiempo perdido.

-No lo creo. No van a dejar pasar algo así, me voy a asegurar de eso aunque tenga que ir a la Superintendencia. – Se rieron un momento. Luego, Miguel añadió con picardía.- O aunque tenga que traer un plumón permanente para hacer justicia.

-¡Miguel!

-Mi madre siempre dice “recibes lo que das”, se llama karma. Les serviría para aprender a no molestarte.

Bárbara negó con la cabeza fingiendo desaprobación, pero con una sonrisa.

-El profe ya debe estar por llegar, así que tendrás que seguir con tu “plan malvado” después.

-Qué lástima, es un gran plan. Podríamos planearlo en mi casa después de clases, con la Andrea.

-Voy a ver si me dejan. Suena bien.

El resto del día no pudo dejar de sonreír, ni siquiera cuando la boca se le entumeció.

**María Esperanza Méndez Cornejo**

**Liceo Abate Molina**

**Talca**